

Los estudiantes recuerdan a los estudiantes. El 68 mexicano recuperado en movilizaciones juveniles, 1986-2014*

Students remember students. Mexico's 1968 Recovered
in Mobilizations of the Youth, 1986-2014

Os estudantes recordam os estudantes.

Os 68 mexicanos recuperados em mobilizações da
juventude, 1986-2014

EUGENIA ALLIER MONTAÑO**

CÉSAR IVÁN VILCHIS ORTEGA***

RESUMEN: En este artículo se estudia cómo fue recordado el 68 mexicano durante algunas movilizaciones juveniles desarrolladas en las últimas cuatro décadas, en particular se hace referencia al movimiento del Consejo Estudiantil Universitario de 1986-87, la huelga de la UNAM de 1999-2000, el Movimiento #YoSoy132 y a la Movilización por Ayotzinapa de 2014. En cada uno de estos contextos de protesta estudiantil se activó la memoria del 68. En voz de analistas, académicos, medios de comunicación, políticos, exlíderes del 68 y los propios estudiantes que se estaban movilizand. Mientras que para algunos se trataba de acontecimientos que no podían asimilarse, para otros existía un claro vínculo entre ellos, se asumieron como sus herederos y encontraron en aquellos hechos del pasado un referente de lucha y de denuncia contra la represión.

PALABRAS CLAVE: *Movimiento Estudiantil de 1968, Consejo Estudiantil Universitario, Consejo General de Huelga, #Yosoy132, Ayotzinapa.*

ABSTRACT: In this article, the author studies how Mexico's 1968 was remembered during some of the mobilizations of young people that took place in the last four decades. In particular, the movement of University Student Council of 1986-87, the strike at the UNAM of 1999-2000, the #Yosoy132 movement and the mobilizations after Ayotzinapa in 2014 are mentioned. In each of these student protests the memory of 1968 was present, by the analysts,

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación "Hacia una historia del presente mexicano: régimen político y movimientos sociales, 1960-2010" (PAPIIT IN401817).

** Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Universidad Nacional Autónoma de México. (México). <eallier@gmail.com>.

*** Doctorando en Historia, Posgrado UNAM. Universidad Nacional Autónoma de México. (México). <cesar_vil_50@hotmail.com>.

academics, mass media, politicians, ex-leaders of 1968 or the very students that were protesting. While for some it was two completely different issues that could not be assimilated, for others there was a clear connection between their protests and 1968. They identified themselves as the heirs of 1968 and found in the events of the past a reference of a fight and demands against the repression.

KEYWORDS: *Student movement of 1968, University Student Council, General Council of the Strike, #Yosoy132, Ayotzinapa.*

RESUMO: Este artigo examina como o México foi lembrado por alguns das 68 mobilizações juvenis desenvolvidas ao longo das últimas quatro décadas, em particular referência ao movimento do Conselho de Estudantes 1986-1987 é feito, a greve UNAM 1999-2000 Movimento # YoSoy132 e mobilização por Ayotzinapa 2014. Em cada um destes contextos de protesto estudantil se ativou memória de 68. Em voz de analistas, acadêmicos, mídia, políticos e ex-líderes de 68 e os próprios estudantes que estavam se mobilizando. Embora tenha sido para alguns eventos que não poderiam ser assimilados, para outros, houve uma clara ligação entre eles, tomou como seus herdeiros e os encontraram em eventos passados numa referência para a luta contra a repressão.

PALAVRAS-CHAVE: *Movimento Estudantil de 1968, Conselho Universitário Estudantil, Conselho Geral de Greve, # Yosoy132, Ayotzinapa.*

RECIBIDO: 1 de febrero de 2018. **ACEPTADO:** 8 de mayo de 2018.

En América Latina los movimientos estudiantiles son un fenómeno que ha estado presente desde la fundación misma de las Universidades. A decir de Renate Marsiske, no “puede considerárseles como casos aislados de inconformidad estudiantil, puesto que son parte integral de la vida universitaria” (1999:12). No obstante, fue hasta finales del siglo XIX y principios del XX cuando el estudiantado, y la juventud en general, cobraron visibilidad en la esfera pública y “se comenzó a distinguir a estos sectores como nuevos actores políticos y sociales” (Pensado, 2015: 129). A grandes rasgos, estos movimientos pueden ser considerados como un conjunto de acciones que llevan a cabo estudiantes “para modificar algunos aspectos de la realidad que son identificados como perjudiciales, peligrosos, insuficientes o inadecuados, tanto para el sector como para la sociedad global” (Pronko, 1999: 242).

En 1968, tuvo lugar en México (al igual que en otras partes del mundo) uno de los movimientos estudiantiles más importantes de las últimas

décadas. Aquel año, miles de jóvenes alzaron la voz contra un régimen autoritario que tuvo que recurrir a las armas para silenciar las protestas.

Tan sólo en unas cuantas décadas, el movimiento estudiantil de 1968 ha llegado a ocupar un lugar central dentro del imaginario político y social de la nación. Si bien en algún momento fue visto con reservas por parte del gobierno y algunos círculos que lo apoyaban, poco a poco distintos actores políticos y sociales (tanto de izquierda como de derecha) han reivindicado al 68 como parteaguas de la historia nacional reciente, hito legitimador de proyectos políticos, bandera de lucha o como un referente de denuncia de la represión gubernamental (del pasado y del presente) (Allier Montaño, 2015).

En el presente artículo nos interesa centrarnos en la forma en la que el 68 mexicano ha sido recordado en el contexto de algunas movilizaciones juveniles que se conformaron en las últimas cuatro décadas. Particularmente haremos referencia a cuatro movilizaciones. La primera, en 1986-87, un movimiento estudiantil que se manifestó en contra de la implementación de una serie de reformas que, entre otras cosas, decretaba el aumento de cuotas para estudiar en la UNAM. El segundo, en 1999, ante un nuevo intento de aumentar el cobro de la matrícula, estalló la huelga más larga de la historia de la Máxima casa de estudios. Posteriormente, en 2012, estudiantes de diversos centros educativos se movilaron en rechazo al regreso del PRI a la presidencia y en demanda de democratización de los medios de comunicación. Finalmente, en 2014, debido a la desaparición de 43 estudiantes de la Normal Rural “Isidro Burgos”, se conformó una importante movilización para exigir la aparición de los normalistas.

Con este objetivo, el artículo está dividido en cinco secciones. En un primer momento se ofrece un breve recuento de los acontecimientos de 1968. Posteriormente se dedica un apartado para cada uno de los movimientos estudiantiles mencionados. Finalmente, se comparte una reflexión a modo de cierre.

EL 68

A mediados del siglo XX, México atravesaba por un momento de prosperidad económica y estabilidad política. El Partido Revolucionario

Institucional (PRI) presumía esta situación como muestra de que estaban cumpliendo los principios e ideales de la Revolución de la que se decía legítimo heredero. Sin embargo, este optimismo gubernamental no era compartido por todos los sectores de la sociedad, pues la estabilidad política y económica no necesariamente se traducían en la estabilidad social.

En los años 1950, obreros y campesinos ya habían manifestado su descontento ante las condiciones salariales, los sindicatos adeptos al régimen y por el rezago del campo. Para la siguiente década, a estas movilizaciones se sumaron las expresiones de inconformidad de ciertos sectores de la clase media, particularmente maestros, médicos y estudiantes universitarios. Eran momentos en los que el régimen priísta había logrado afianzarse en el poder gracias a su capacidad de encuadrar y formar alianzas con otras fuerzas políticas y sociales, aunque no dudaba en ejercer la violencia cuando los canales burocráticos y/o de cooptación no resolvían las diferencias y conflictos potenciales (Aguilar Camín y Meyer, 2000: 217).

En 1968, México sería la sede de los XIX Juegos Olímpicos. Por primera vez, el anfitrión de este certamen deportivo sería un país de habla hispana, ubicado en América Latina y que no estaba catalogado dentro de las naciones desarrolladas. En efecto, el régimen en turno tenía la oportunidad de demostrar al mundo que se encontraba en transición a la modernidad.

Sin embargo, a unos meses de inaugurarse las olimpiadas surgió una protesta estudiantil que cuestionó y evidenció las bases y prácticas autoritarias del régimen, en ese entonces encabezado por Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970). El desarrollo de los acontecimientos es más o menos conocido gracias a que contamos con diversas crónicas, cronologías y estudios.¹ No es nuestro propósito profundizar demasiado en estos hechos, sino solamente destacar algunos de los momentos principales del movimiento, con la finalidad de tener un panorama general de lo que sucedió aquel año.

El 22 de julio se registró una pelea en la Plaza de la Ciudadela entre estudiantes de las Vocacionales 2 y 5 del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y alumnos de la Preparatoria “Isaac Ochotorena” (escuela particular incorporada a la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM).

¹ La crónica aquí reseñada ha sido tomada de diversas cronologías e investigaciones sobre el movimiento estudiantil: Álvarez Garín (1998); Cazés (1993); Del Castillo (2012); Vázquez Mantecón (2007); Monsiváis (1999); Ramírez (1969); Rodríguez Kuri (2003); Volpi (1998); Zermeño (1978).

Un día después ocurrió una nueva riña, pero en esta ocasión intervinieron elementos del cuerpo de granaderos y se desató una batalla campal en las inmediaciones de la Vocacional 5. El 26 de julio, una manifestación en contra de los excesos cometidos por los granaderos los días anteriores coincidió con la marcha convocada por simpatizantes del Partido Comunista para conmemorar la Revolución cubana. En algún momento ambos contingentes se unieron y al dirigirse a la Plaza de la Constitución se desató un violento enfrentamiento con los granaderos.

Los siguientes días continuaron presentándose trifulcas con la policía y el nivel de violencia fue en aumento. La noche del 29, alumnos del IPN y la UNAM fueron brutalmente agredidos por la fuerza pública al manifestarse en las calles del centro de la ciudad. Los jóvenes se refugiaron en la preparatoria de San Ildefonso, pero horas más tarde el Ejército tomó las instalaciones tras derribar el portón colonial con un tiro de bazuca. Para este momento, el saldo ya era de cientos de detenidos, varios heridos e incluso se llegó a hablar de algunos muertos.

Ante estos hechos, el rector de la UNAM, José Barros Sierra, pronunció un discurso en el que condenó los ataques y las detenciones de los días anteriores. Asimismo, declaró “día de luto para la Universidad”, defendió la autonomía de la institución y encabezó una marcha por la Avenida de los Insurgentes. Para algunos autores, el respaldo del rector a las protestas “fue determinante para crear un espacio político en el que el movimiento pudo plantarse ante el gobierno y exigir que lo reconociera como un interlocutor válido” (Loeza, 1989: 86).

Por su parte, los estudiantes dieron a conocer un pliego petitorio en el que exigían: libertad a los presos políticos; destitución de los generales Luis Cueto Ramírez y Raúl Mendiola, y del teniente coronel Armando Frías; la extinción del Cuerpo de Granaderos; derogación del artículo 145 y 145 bis del Código Penal Federal (delito de Disolución Social);² indemnización a las familias de los muertos y a los heridos; y deslindamiento de responsabilidades de los actos de represión y vandalismo por parte de las autoridades. Igualmente, conformaron el Consejo Nacional de Huelga (CNH), instancia en la que se agrupaban los representantes de distintas instituciones de educación superior del país.

² El artículo 145 “fue adoptado en 1941 para prevenir las tentativas de subversión pronazis en el país, pero en la práctica, después de 1948, había sido utilizado para formular cargos contra cualquier tipo de oposición al gobierno” (Zermeño, 1978: 29).

De esta manera, en tan sólo unos cuantos días, el movimiento ya había alcanzado una fuerza inusitada. Varias universidades se habían declarado en huelga y hubo manifestaciones multitudinarias en las que no sólo participaron estudiantes, sino también distintos sectores sociales. Tal como señala Gómez, “la organización adoptada por los estudiantes era circunstancial, coyuntural y en estricta relación con las características del momento” (Gómez, 2001: 321). Y es que, a pesar de los operativos policiacos y la campaña mediática en su contra, los estudiantes lograron expresar sus demandas y despertar simpatía entre la población a través de la implementación de acciones como las brigadas, los mítines relámpago y la repartición de volantes en distintos puntos de la ciudad.

Mientras tanto, en su cuarto informe de gobierno, Díaz Ordaz denunció que existía un intento de boicotear los Juegos Olímpicos que tenía la finalidad de desprestigiar a México. Señaló que si bien había sido tolerante “hasta excesos criticados”, todo tenía “un límite”. Advirtió que en caso de ser necesario intervendría la policía y emplearía “la totalidad de la fuerza armada permanente”. Uno de los principales golpes al movimiento fue la entrada del ejército a Ciudad Universitaria y a las instalaciones del IPN. Con ello, los estudiantes se quedaron sin centros de reunión y algunos líderes fueron detenidos.

La mañana del 2 de octubre tuvo lugar una reunión entre integrantes del CNH y representantes del gobierno. Por la tarde se realizó un mitin en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, lugar en el que los estudiantes contaban con la simpatía y el respaldo de buena parte de la comunidad. A las 18:10 terminaba de hablar el último orador del mitin cuando la Plaza comenzó a ser cercada por agrupamientos del Ejército, francotiradores del Estado Mayor Presidencial y el Batallón Olimpia (individuos que se distinguían por llevar puesto un guante blanco).³ Según las crónicas,⁴ en ese momento un helicóptero sobrevolaba el lugar y se observaron algunas luces de bengalas. Fue entonces que comenzó un fuego cruzado que duró un poco más de dos horas, aunque después de medianoche continuaron escuchándose descargas esporádicas.

³ El Batallón Olimpia fue un grupo de élite conformado por elementos de la Dirección Federal de Seguridad (policía política), el Ejército y la Policía Judicial, cuya misión en el mitin era detener a los líderes del CNH.

⁴ Sobre lo ocurrido esa tarde en Tlatelolco existen diversas crónicas (Álvarez Garín, 1998; García Medrano, 1998; Monsiváis, 1970; Poniatowska, 1971; Scherer y Monsiváis, 1999; Vázquez Mantecón, 2007) y análisis históricos (Aguayo, 1998; Montemayor, 2000).

Hasta la fecha se desconoce la cifra exacta de detenidos, heridos y muertos. Algunos diarios nacionales (en su mayoría alineados con las directrices gubernamentales) manejaron cifras de entre 20 y 40 muertos. Por su parte, en la prensa extranjera y algunos documentos localizados en el *National Security Archive* de la Universidad George Washington se encuentran cifras de entre 300 a 500 fallecidos.

Si bien se puede decir que el movimiento formalmente concluyó el 6 de diciembre con la disolución del CNH, lo ocurrido el 2 de octubre en Tlatelolco fue un golpe que lo debilitó contundentemente. Después de estos sucesos, la desmovilización permeó en la entre los círculos estudiantiles. No obstante, al poco tiempo surgiría una nueva movilización estudiantil.

En 1971, alumnos de diversas universidades se organizaron para brindar apoyo al movimiento de estudiantes de la Universidad Autónoma de Nuevo León contra un proyecto de reforma de la Ley Orgánica de dicha casa de estudios. Con este propósito, y aún con el olor a pólvora en el ambiente, el 10 de junio se realizó una marcha en la Ciudad de México en la que la violencia y la represión volvieron a estar presentes. Los manifestantes fueron atacados por los “Halcones”, un grupo paramilitar creado por el gobierno, y entrenado por la Dirección Federal de Seguridad y la CIA, para reprimir a la población. La represión fue tan violenta que los heridos que fueron llevados a hospitales aledaños fueron secuestrados horas más tarde. Al igual que para el 2 de octubre, no hay certeza del número de muertos y heridos. Algunas fuentes señalan que hubo 18 muertos, 169 heridos, 300 detenidos (Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, 2006).

Como hemos visto, el movimiento estudiantil de 1968 se desarrolló en un ambiente represivo, y los acontecimientos del 2 de octubre fueron su momento de máxima expresión. Tras la masacre de Tlatelolco primaron el temor, el desaliento y la confusión.⁵ La represión no sólo dejó una huella indeleble entre quienes vivieron aquellos sucesos, sino que también ha

⁵ Al respecto, Roberta Avendaño llegó a señalar 20 años después de los sucesos: “Yo admiro a los compañeros que todavía salen a las manifestaciones y gritan consignas. No he podido volver a otra manifestación. Me he parado en la orilla a verlas y se me hace un nudo en la garganta y me dan ganas de llorar, pero ya me siento incapaz porque sé que no sirve para un demonio. Lo siento como la riqueza del agente joven, que todavía tienen la ilusión de que sirva para algo. Objetivamente, sí tiene valor sacar a la gente a la calle, a que grite, pero definitivamente no es lo fundamental y atrás de eso puede haber muchos intereses que van a favor o en contra.” (Roberta Avendaño, en Guevara Niebla y Álvarez Garín, 1988: 189).

sido el sello que marcó la memoria del movimiento estudiantil de 1968. Incluso pareciera que el miedo repercutió en las movilizaciones sociales en general, pues ninguna manifestación de oposición al régimen volvió a pisar el Zócalo capitalino en casi catorce años.⁶ En efecto, tendría que pasar algún tiempo para que nuevamente surgiera una protesta estudiantil con fuerte presencia en el espacio público.

Desde que concluyó el movimiento, comenzó a forjarse una *memoria de denuncia* de la represión de la violencia de Estado. Es la que se moviliza en las manifestaciones por el 2 de octubre desde 1978 a través de consignas como “¡2 de octubre no se olvida!” y a través de las exigencias de verdad y justicia sobre la represión gubernamental. Paralelamente, desde fines de los años 1970, se conformó una *memoria de elogio* que pone el centro de la protesta en la lucha por la democratización del país y que entiende al movimiento del 68 como un parteaguas en dicha lucha (Allier Montaña, 2015). Como veremos, parte de estas memorias serían recuperadas en las movilizaciones estudiantiles de las siguientes décadas.

LA MOVILIZACIÓN CONTRA EL AUMENTO DE CUOTAS: EL CONSEJO ESTUDIANTIL UNIVERSITARIO, 1986-1987

El 16 de abril de 1986, el rector Jorge Carpizo hizo público el documento “Fortalezas y debilidades de la UNAM”, donde ofrecía un balance de las condiciones académicas y administrativas que imperaban en la institución, y pretendía ser la base para formular “las políticas de ajuste que habrían de impulsarse en el interior de la Universidad” (Ordorika, 2006: 326). El rector convocó a la comunidad universitaria a expresar por escrito sus opiniones sobre el diagnóstico. Y en un primer momento “muy pocas fueron las voces que se pronunciaron para cuestionar el procedimiento” (Guevara Niebla, 1988: 130). Sin embargo, algunos meses después se generó un vertiginoso y amplio movimiento estudiantil de protesta. Revisemos rápidamente el desarrollo de esta movilización.⁷

Los días 11 y 12 de septiembre de 1986 se reunió el Consejo Universitario para discutir un paquete de 26 reformas promovidas por Carpizo.

⁶ Fue hasta el 19 de junio de 1982 cuando una multitud se volvió a congregarse en ese espacio, en apoyo a la candidatura a la Presidencia de la República de Arnaldo Martínez Verdugo, del recién creado Partido Socialista Unificado de México (PSUM).

⁷ Sobre el conflicto, ver Haidar (2006), Monsiváis (2000), Guevara Niebla (1988), Castañeda (1987) y Acuña (1987).

Entre las medidas más controvertidas se encontraban: la desaparición del pase automático de las preparatorias de la UNAM a la licenciatura de la propia Universidad, el incremento de cuotas en los niveles de posgrado y la aplicación de exámenes departamentales. A pesar de que en esa ocasión un par de consejeros estudiantiles expresaron su desacuerdo, las propuestas fueron aprobadas por la mayoría.

El 24 de septiembre se realizó la “Primera Asamblea Universitaria” en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras. En esta reunión se informó a la comunidad lo ocurrido en la sesión del Consejo Universitario y se acordó la organización de brigadas para llevar información a todas las dependencias de la UNAM. Un mes más tarde, el 31 de octubre, se conformó el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) como órgano central de dirección y organización de la protesta.

El 6 de noviembre se consumó la primera marcha del movimiento que recorrió del Monumento a Álvaro Obregón a la explanada de Rectoría. En la marcha, estudiantes de distintos planteles de la UNAM portaron cientos de antorchas (de ahí que este acontecimiento se recuerde como La Marcha de las Antorchas), así como “una efigie del rector Carpizo que luego quemaron y un ataúd con su nombre” (Castañeda, 1987:26), para protestar contra “la reforma autoritaria de Carpizo”.

Ante el aumento de la movilización estudiantil, las autoridades universitarias tomaron la iniciativa de promover el diálogo. Así, a partir de este momento hubo pláticas entre el CEU y Rectoría, pero sin lograr llegar a acuerdos. Fue hasta diciembre cuando pactaron el formato para el diálogo, que dio inicio el 6 de enero.

Nuevamente, sin encontrar soluciones, el 21 de enero se llevó a cabo una multitudinaria concentración escolar desde el Casco de Santo Tomás hasta el Zócalo. Los organizadores calcularon en 300 mil a los asistentes. (*La Jornada*, 22 de enero de 1987). Sin haber llegado a algún convenio entre las partes, el 29 de enero dio inicio la huelga universitaria. El 9 de febrero se convocó a otra manifestación de Tlatelolco al Zócalo que aglutinó a una gran cantidad de asistentes. El 10 de febrero, el Consejo Universitario acordó emplazar a un Congreso Universitario y suspender algunas de las controvertidas medidas de la reforma de Carpizo. Finalmente, el 17 de febrero se entregaron las instalaciones a la UNAM y se levantó la huelga (Acuña, 1987).

Para muchos analistas se trató del primer movimiento estudiantil masivo luego de las represiones de 1968 y 1971. Vale la pena resaltar que los jóvenes del CEU fueron asesorados por ex líderes y estudiantes del movimiento de 1968 (Haidar, 2006).⁸ De esta manera, la generación del 68, ya siendo parte de la generación “activa”, brindó apoyo y transmitió experiencias a la nueva generación “en formación” de estudiantes. Asimismo, otros tantos sesenta-y-ocheros que no participaron directamente como asesores, dieron a conocer sus puntos de vista a través de los medios de comunicación.⁹ En cierta medida, esto bien pudo haber contribuido a que en 1986-87 el recuerdo del 68 estuviera muy presente y hubiera constantes alusiones a ese pasado reciente.

Así, a lo largo del movimiento estudiantil del CEU hubo constantes referencias al verano del 68. En algunos casos se defendió la idea de que no era posible comparar ambos movimientos, ya sea porque en el 86 no estaban “dadas las condiciones para que [surgiera] un movimiento similar al del 68”, o porque simplemente se trataba de algo “incierto, algo totalmente nuevo” (*Excélsior*, 30 de enero de 1987: 28A). En otros casos, los estudiantes resaltaron los vínculos al subrayar que eran “herederos del 68” (*Excélsior*, 10 de febrero de 1987: 16A). Incluso, hubo quien llegó a advertir acerca de la existencia de gente que quería “buscar confusiones y problemas y aprovecharse del movimiento como lo hicieron en 68” (*Excélsior*, 2 de febrero: 10A y 32A). Y claro está, no faltaron los eventos académicos en los que se discutió la relación de las movilizaciones, como una mesa redonda en la que participó Sergio Zermeño, titulada “El movimiento estudiantil popular de 1968 y su impacto en la vida nacional como antecedente en el movimiento estudiantil actual”.

De la multiplicidad de comparaciones realizadas, tres resaltaron por su constancia. En primer lugar, se vinculaba el 68 y el 86 a partir de la cuestión de la represión. Las menciones hacían énfasis en que el movimiento de la década de 1980 no había sido reprimido, a diferencia de lo ocurrido en los años 1960. No obstante, durante todo el movimiento estudiantil de 1986-87 sobrevoló el espectro del 2 de octubre. En una

⁸ Entre ellos se encontraban Sergio Zermeño y Salvador Martínez della Rocca.

⁹ Ejemplo de ello se encuentra en el texto “Para la reforma, la organización y discusión de los universitarios”, firmado por Rolando Cordera Campos, Arnaldo Córdova, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Manuel Martínez Pelaéz, Pablo Pascual Moncayo, Carlos Pereyra, Raúl Trejo Delarbre y José Woldenberg (*La Jornada*, 15 de enero de 1987: 19-22).

conferencia de prensa que ofrecieron los líderes del CEU, Imanol Ordozika, Antonio Santos y Carlos Imaz una reportera les preguntó: “¿Tienen ustedes conciencia de lo que están haciendo y hasta dónde puede llegar esto? ¿Sabían que pueden morir como los otros estudiantes? ¿Morir para nada?” A lo que los jóvenes respondieron:

No, no es cierto que ellos murieron para nada. Nosotros ahora recogemos sus experiencias y cosechamos muchas cosas. Ellos murieron por el diálogo público. Nosotros ya lo tenemos. Ya lo abrimos en la radio. Es imposible predecir lo que pueda suceder con el movimiento, sólo el análisis cotidiano nos da algunas pautas. Pero sí, sí estamos dispuestos a asumir las consecuencias de lo que el propio movimiento pueda traer... Sin embargo, tampoco queremos ser mártires. Trataremos de tener una conducción responsable (*Excélsior*, 20 de enero de 1987: 13A).

En el mismo sentido, Raúl Noriega del diario *Excélsior* comentó en una columna que “es ya preocupación general y se convierte en temor a que los acontecimientos de octubre de 1968 se repitan” (*Excélsior*, 13 de febrero de 1987: 1M). Aunque también es cierto que para otros, lo sucedido en el 68 más bien fue una lección que permitió que en el presente no volviera a ocurrir algo similar: “El fantasma de 1968 contribuyó a mantener descartada la tentación represiva”, señaló el filósofo Carlos Pereyra (*La Jornada*, 13 de febrero de 1987: 9). En el mismo sentido, Gastón García Cantú comentó:

El problema universitario pudo convertirse, como en 1968, en el ojo del huracán de la protesta. Hubo, no obstante, una salida que lo hacía imposible: el diálogo abierto de autoridades y estudiantes. La experiencia del 68 fue decisiva en quienes la asimilaron: el rector Jorge Carpizo, parte de los jóvenes, los profesores y el gobierno. (*Excélsior*, 16 de febrero de 1987: 10A).¹⁰

¹⁰ Ejemplo de este miedo fue conocido por una de los autores de este texto, Eugenia Allier, quien en 1986 estudiaba el nivel medio superior en el Centro Escolar Hermanos Revueltas, donde eran profesores muchos ex estudiantes y profesores que habían participado en el movimiento estudiantil de 1968. La escuela estaba incorporada a la UNAM, pero era una escuela privada. Aún así, se acompañaron las manifestaciones de los universitarios. La primera vez que Eugenia Allier quiso acudir a una de las marchas, su madre le dijo: “no vayas, puede ser muy peligroso, ¿y si pasa lo del 68, si el gobierno reprime de nuevo?”, a lo que ella respondió: “tú estuviste en el 68, ahora yo debo ir a estas manifestaciones”. El 2 de octubre planeaba sobre los recuerdos y temores familiares, y a pesar de los recelos de su madre, Eugenia acudió a las manifestaciones, y no pasó nada.

En estrecha relación con lo anterior, la segunda constante en las comparaciones fue que en 1986-1987, a diferencia de 1968, sí se había conseguido un diálogo público. En enero de 1987, en medio de las pláticas entre Rectoría y el CEU, se citó a Sergio Zermeño, asesor del CEU, participante en el 68 y uno de los principales especialistas en el movimiento estudiantil, a dar su opinión; sintetizaba así el periódico *La Jornada* su actuación: “Zermeño señaló que los movimientos sociales de México han chocado siempre con la represión, perdiendo su continuidad. En 68 pedimos el diálogo y hubo represión; hoy los estudiantes piden diálogo y lo hay, lo que habla bien de nuestra Universidad” (*La Jornada*, 8 de enero de 1987: 9). También en enero de 1987 señalaba Carlos Imaz, uno de los líderes estudiantiles de la nueva generación: “Los compañeros que cayeron en 68 murieron por la exigencia de un diálogo público que hoy hemos recuperado” (*La Jornada*, 20 de enero de 1987: 5). Por su parte, el investigador Carlos Martínez Assad subrayaba al reconocer la apertura al diálogo público por parte de Rectoría: “[...] La muestra de madurez política alcanzada por la Universidad se evidenció con un nuevo modelo de discusión que, no está de más decirlo, hizo realidad una consigna del movimiento estudiantil de 1968” (*La Jornada*, 22 de enero de 1987: 10). Imanol Ordorika, líder del CEU, lo pondría en estas palabras: “Ganamos el diálogo que (en 1968) costó la vida a miles de estudiantes” (*La Jornada*, 10 de febrero de 1987: 9).

En tercer lugar, se resaltaba el vínculo que los dos movimientos habían tenido con la lucha por la democracia en México. En el caso de 1986-87 la búsqueda de la democracia se dio al defender la gratuidad de la universidad pública. “La voluntad democrática que mostró el movimiento estudiantil [de 1986] tiene tonos y contenidos novedosos, apenas manifiestos y todavía mal comprendidos. En un sentido es heredera de la que se frustró en 1968”, mencionaba Arturo Warman (*La Jornada*, 13 de febrero de 1987: 9).

En la Cámara de Diputados, Pedro José Peñaloza (PRT) resaltaba la continuación de la lucha entre 1968 y 1987: “Los estudiantes de 1968 aún están en nuestro país, siguen actuando; ha tomado la estafeta de ellos el Consejo Estudiantil Universitario”. (*Diario de los debates*, 1 de octubre de 1987: 56). Y luego insistía en el vínculo entre 1968 y la coyuntura política:

[...] una primera conclusión que tenemos que rescatar, de lo que pasó en 1968 y de lo que pasa hoy, es que la lucha por la democracia que encabe-

zaron miles de estudiantes sigue teniendo una extraordinaria vigencia en la actualidad. Falso es decir que 1968 fue una crisis de conciencia, como algún personaje público lo dijo (*Diario de los debates*, 1 de octubre de 1987: 54).

No dejó de señalarse también, aunque no de forma tan abrumadora como en los tres vínculos ya referidos, que así como en 1968 los estudiantes se consideraban “peligrosos comunistas” en 1986 se les percibía como “haraganes” y “fósiles”, en lugar de lo que eran: actores políticos. “El rector no se enfrenta a una bola de haraganes que no quieren estudiar, sino a un movimiento político que busca participar en la vida académica universitaria [...]”, decían Renato González, Cuauhtémoc Medina y Federico Navarrete, en su sugerente editorial intitulado “1929 / 1968 / 1986” (*La Jornada*, 8 de enero de 1987: 7).¹¹

NUEVA MOVILIZACIÓN CONTRA EL AUMENTO DE CUOTAS: EL CONSEJO GENERAL DE HUELGA, 1999-2000

A decir de Sebastián Garrido, “el conflicto de 1986-1987 marcó el inicio de una etapa de recurrentes enfrentamientos ente autoridades universitarias y diversos grupos estudiantiles en torno a lo que la UNAM debe ser y hacer” (2015: 257). Y es que los intentos de implantación de reformas en el seno de la UNAM continuaron presentes a lo largo de la década de los años 1990, dando nuevamente lugar a la conformación de diversas protestas estudiantiles. Sin duda, la movilización de mayor magnitud ocurrió en 1999 y se tradujo en la huelga más larga de la historia de esta institución educativa.

El 15 de marzo de 1999, el Consejo Universitario de la UNAM aprobó una modificación al Reglamento General de Pagos (RGP) hecha por el rector Francisco José Barnés de Castro para que las inscripciones, cuotas semestrales y servicios de la Universidad fueran obligatorias. La sesión se realizó en el Auditorio Ignacio Chávez del Instituto Nacional de Cardiología sin haber dado aviso a algunos consejeros que, días antes, habían expresado su desacuerdo con las modificaciones propuestas por el rector. La respuesta estudiantil fue inmediata. Después de varias asambleas, el 20 de abril estalló la huelga y se creó el Consejo General de Huelga (CGH) con el fin de exigir la derogación del RGP. En su “Segundo Manifiesto

¹¹ Ver también el texto de Luis Javier Garrido (*La Jornada*, 23 de enero de 1987: 7) y *La Jornada* (23 de enero de 1987: 19).

a la Nación”, el CGH se pronunció como un actor que continuaba las luchas revolucionarias de 1910 y de movimientos estudiantiles, como los de 1929, 1966, 1968, 1987 y 1992 (Consejo General de Huelga, “Segundo Manifiesto a la Nación”, 20 de abril 1999).

En los primeros meses, el movimiento logró algunas concesiones de las autoridades, como el hecho de que las cuotas fueran voluntarias y la aceptación de un diálogo público con los estudiantes. Sin embargo, las negociaciones atravesaron diversas dificultades y en noviembre renunció Barnés de Castro. Juan Ramón de la Fuente fue nombrado nuevo rector y procedió a reactivar el diálogo con el CGH. Sin embargo, las negociaciones volvieron a suspenderse. En enero del 2000, las autoridades universitarias convocaron a realizar un plebiscito para la conformación de un Congreso Universitario que trataría las demandas del CGH. Los resultados de la consulta se pronunciaban por el fin de la huelga, pero la mayor parte de la organización estudiantil se negó.

El movimiento estudiantil ya daba muestras de un profundo desgaste y fragmentación interna. “Huelguistas” del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC) y de la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia (ENEO) entregaron pacíficamente estas instalaciones e inmediatamente fueron aseguradas por la Policía Federal Preventiva (PFP). En otros planteles, se presentaron forcejeos y conatos de violencia cuando grupos “antiparistas” trataron de entrar a los centros educativos. El caso más violento ocurrió en la preparatoria 3, la cual fue tomada por la PFP después de un fuerte enfrentamiento. Finalmente, al amanecer del 6 de febrero la PFP ingresó a Ciudad Universitaria y tomó las instalaciones. Si bien no se reportaron heridos de gravedad, sí hubo cerca de 700 estudiantes detenidos que fueron trasladados al Reclusorio Norte y al Consejo Tutelar de Menores.¹²

Desde el momento en el que estalló la huelga, nuevamente se generaron comparaciones en el espacio público con los sucesos de 1968. Así, “la rebelión caótica y antiautoritaria del CGH siempre ‘salía perdiendo’ ante la memoria sobria, liberal y democrática con la que se representaba al CNH (Consejo Nacional de Huelga de 1968).” (Jiménez, 2011: 136) Durante la huelga universitaria de 1999-2000, el 68 fue representado, como lo señala

¹² Para profundizar sobre este movimiento estudiantil ver: Rosas (2001), Chávez (2004), Meneses (2012), González Casanova (2000) y Rodríguez Araujo (2000).

Héctor Jiménez, como la lucha prototípica que buscó la ampliación de los derechos civiles y políticos de la ciudadanía.

Durante la segunda quincena de abril de 1999, fueron pocas las notas periodísticas que vinculaban lo que acontecía con 1968. En ese momento, la principal comparación se realizó con la huelga estudiantil de 1986-87, debido a que la cuestión del pago de cuotas era el centro de los debates. Cuando se mencionaba al movimiento estudiantil del 68 era en tanto antecedente de las acusaciones que el gobierno ha tendido a generar respecto a los movimientos estudiantiles, particularmente en lo que se refiere a la participación de actores políticos que controlan a los jóvenes con el fin de desestabilizar al país, tal y como había ocurrido en 1968 ante las acusaciones de Díaz Ordaz de la existencia de una posible conjura comunista.

En octubre de 1999 se intensificaron los vínculos entre el 68 y la huelga de 1999. En primer término, 1968 fue referenciado como un antecedente importante para generar el diálogo público. Como en 1986-87, la cuestión del diálogo debía ser una diferencia con el 68: las pláticas públicas debían ser la única vía para resolver los conflictos internos de la UNAM. El 30 de septiembre se inició la anual discusión sobre el 68 en la Cámara de Diputados. Las similitudes entre el 68 y la huelga del CGH no se hicieron esperar. El diputado Armando López (PRD) señalaba:

Hoy hace 31 años defendimos la institución. Hagámoslo de nuevo. La Universidad Nacional Autónoma de México es un pilar de nuestra sociedad. No más a una problemática en la cual todo mundo se ha hecho a un lado; no más el olvido a la institución. Llamamos al diálogo verdadero y a la negociación inmediata, y como dijo don Javier Barros Sierra, ¡viva la discrepancia, porque es esencia en nuestra Universidad! (*Diario de los Debates*, 30 de septiembre de 1999: 894)

Por su parte, la diputada por el Partido del Trabajo, María Mercedes Maciel Ortiz, mencionaba:

El 2 de octubre de 1968 nos debe servir para recordar que la cerrazón y la intolerancia no es el camino para resolver los problemas que hay en nuestro país; hoy más que nunca debemos privilegiar el diálogo y el consenso como un instrumento para fortalecer y consolidar los avances democráticos de México (*Diario de los Debates*, 30 de septiembre de 1999: 889).

Pero quizás la relación más relevante que se hizo en este contexto conmemorativo entre el 68 y la huelga universitaria del CGH fue aquella referida a la represión. Se recordó el 2 de octubre a través de su cruento

final, temiendo que la huelga de 1999 concluyera de la misma manera. Así, por ejemplo, Higinio Muñoz, representante del CGH, señalaba la amenaza latente de la intervención policial para acabar con la huelga. También Gilberto Guevara Niebla, representante ante el CNH en 1968, hacía referencia a una posible represión, aunque se tratase de movimientos con demandas muy diferentes (*El Universal*, 2 de octubre de 1999: 9). No obstante, también hubo quien, como Marcelino Perelló, señalara que los líderes del CGH buscaban la represión con el fin de conseguir la victimización (*La Jornada*, 30 de octubre de 1999: 53).

En todo caso, para los propios integrantes del movimiento estudiantil, los vínculos con el 68 eran evidentes. Un joven de la Preparatoria 2 decía en entrevista de Blanche Petrich:

Nos decían la generación X, pero les estamos demostrando que no, que somos una generación de lucha como no se había visto desde el 68, una generación que ha aguantado todo. A mí no me importaba nada más que mi casa, mi escuela y ya. Pero con el movimiento ya me cayó el veinte. Da coraje ver la clase de sistema que estamos viviendo. Me da orgullo pertenecer a este movimiento y a este CGH. Creo que todos estamos dispuestos a llegar hasta donde se tenga que llegar (*La Jornada*, 26 de octubre de 1999: 41).

Pero también se trataba de un vínculo que provenía de los lazos familiares, tal como lo resalta una integrante del CGH: “Muchos de nosotros además éramos hijos o sobrinos de los jóvenes que lucharon en el 68, lo cual nos daba una sensibilidad” (Moissen, 2014: 166).

La marcha del 2 de octubre se ha caracterizado por ser dúctil y generosa. Los organizadores, encabezados desde hace muchos años por el Comité 68,¹³ han puesto en el centro de las demandas la actualidad política nacional. En 1999, reiterando la generosidad política, el Comité 68 apoyó las demandas del CGH. Personajes como Fausto Trejo, César Tirado, Leopoldo Ayala, Ignacia Rodríguez “La Nacha”, Raúl Jardón, Adrián Corona, María González y David Vega caminaron desde Ciudad Universitaria hasta la Plaza de las Tres Culturas acompañando a los jóvenes

¹³ Los orígenes del Comité 68 pro Libertades Democráticas se encuentran a finales de los años 1970, cuando algunos ex líderes del movimiento del 68 organizaban las manifestaciones del 2 de octubre. Muchos de ellos participaban de la revista *Punto Crítico*. La labor del Comité no se entendería sin la participación de Raúl Álvarez Garín, Félix Hernández Gamundi, Ana Ignacia “La Nacha” Rodríguez Márquez y tantos otros que en 1998 se conformaron como asociación civil y demandaron a Luis Echeverría Álvarez por el genocidio cometido el 2 de octubre de 1968.

estudiantes que insistían: “no somos *ultras* ni *moderados*, somos sencillamente una inmensa mar de soñadores”. El periodista Roberto Garduño refería en ese sentido:

La travesía por la Ciudad de México fue la manifestación estudiantil más grande, jubilosa y desprejuiciada de los últimos años. Inició, compacta y animosa, desde la torre de rectoría. Desde las 14:30 horas se vislumbró su doble sentido: conmemorar el 2 de octubre y expresar el reclamo a las autoridades federales y de la misma UNAM para que inicie, ¡ya!, el diálogo serio y resolutivo que ponga fin a la huelga en la universidad (*La Jornada*, 3 de octubre de 1999).

Tras la vinculación con el 68, se hicieron también presentes los cuestionamientos a la huelga del CGH. Para algunos intelectuales, editorialistas y periodistas, el movimiento de 1999 cometía graves errores, que lo diferenciaba de los “verdaderos valores” del 68 (*El Universal*, 8 de octubre de 1999: 16). Y es que, es necesario señalarlo, la huelga de 1999 generó álgidos debates sobre su legitimidad. Con la UNAM tomada por casi 10 meses, las posiciones al respecto se polarizaron, y generaron fragmentaciones importantes al interior de la Universidad y la izquierda nacional.¹⁴ Veamos una larga cita del diputado Jaime Hugo Talancón (PRI) que es representativa en ese sentido:

Hoy es un momento para traer a colación los eventos de 1968, porque nos marcan una diferencia abismal de espíritus, propuestas y procedimientos siempre claros y fundamentados por los jóvenes de hace 30 años; siempre extraños, dubitativos y de una patética languidez ideológica y conceptual por parte de quienes tienen secuestrada a nuestra máxima casa de estudios desde hace meses.

Porque las movilizaciones de hoy no tienen el peso social de las de 1968, tampoco su categoría moral, mucho menos su arraigo entre los mismos estudiantes.

El movimiento de hoy nos conduce a un túnel de desesperanza a partir de su intolerancia y su negación al diálogo.

La inútil prolongación del conflicto de la UNAM demuestra que no se buscan intereses universitarios. La confusión de los planteamientos esgrimidos, sobre todo por el Comité General de Huelga, evidencia un bajo nivel de propósitos, expresada en una abigarrada y contradictoria amalgama de pronunciamientos políticos y un pliego petitorio manoseado sin orden, ni concierto.

¹⁴ Ver Raúl Trejo (2000) y Dorantes (2006).

[...] Las enseñanzas de 1968, hoy puestas en duda por la moda iconoclasta de un grupo de usurpadores, superarán ésta y otras contingencias coyunturales [...] porque su lucha es parte de nuestra lucha y de muchas generaciones más (*Diario de los Debates*, 30 de septiembre de 1999: 892-893).

Pero así como hubo juicios negativos al CGH, también los hubo positivos. En la Cámara, la diputada María Mercedes Maciel Ortiz (Partido del Trabajo) aseguraba: “Las demandas del actual movimiento estudiantil al igual que las de 1968 son justas y buscan una reforma a fondo al interior de la Universidad Nacional, en la cual sigue rigiendo la misma Ley Orgánica de 1945 y es evidente que las necesidades de la vida académica, política y democrática de la Universidad y de nuestro país no son compatibles con la rigidez y la verticalidad que impera dentro de esa institución” (*Diario de los Debates*, 30 de septiembre de 1999: 889).

Los enfrentamientos ocurridos en la prepa 3 a inicios de febrero intensificaron las comparaciones entre 1999-2000 y 1968. Por un lado, por las críticas de la posición de Juan Ramón de la Fuente. Por el otro, por la represión en contra de los estudiantes. Si en octubre de 1999 los “valores” y “lecciones” del 68 mexicano eran remarcados por los periódicos, en febrero de 2000 se superpondrían la represión, los presos políticos, la ausencia de diálogo y la intransigencia que había llevado a un evento violento.

Elena Gallegos y Rosa Elvira Vargas entrevistaron a algunos ex líderes estudiantiles, entre quienes se encontraba Raúl Álvarez Garín, quien ante la ocupación de CU afirmó:

La indignación es absoluta. A los huelguistas no los van a doblegar con procedimientos de fuerza y de humillación, y es muy importante que esto se resuelva bien porque hay otros problemas sociales que estallarán con igual o más fuerza. Estas medidas complican la situación y dejan tremendamente lastimada y herida a la comunidad universitaria. Si ellos han escogido el camino de la fuerza, sólo con la fuerza pueden sostener las implicaciones de lo que desencadenaron. Los presos, que son indudablemente presos políticos, tienen que salir todos y de inmediato. La vida universitaria no se normalizará sólo con abrir escuelas y reiniciar clases. En 1968 el movimiento fue aplastado en octubre y hasta mediados de 69 no se había normalizado la situación en la comunidad. [...] Recomponer un clima de vida universitaria sana es absolutamente fundamental para el país. La UNAM no puede estar polarizada y fracturada como lo está ahora. La intervención de la PFP en la UNAM plantea un problema que rebasa con mucho el pliego y sus seis puntos (*La Jornada*, 7 de febrero de 2000: 16).

La huelga universitaria de 1999-2000 ha sido una de las más polémicas en la historia de los últimos cincuenta años. Algunos de los participantes en el movimiento estudiantil de fines de los años sesenta, no apoyaban al CGH. No es de sorprender que los vínculos con el 68 fueran ambiguos.

Hay quienes aseguran que el conflicto [... de 1999-2000] se caracterizó como uno de los más violentos en la historia de la Universidad. La amenaza y la violencia fueron los recursos favoritos de los grupos opositores más recalcitrantes. Constituyeron los medios para captar la atención pública, aumentar su clientela política, atraer la atención de quienes elaboran la agenda formal y, fundamentalmente, para apoderarse de las instalaciones universitarias y mantener el control del movimiento. Pero no sólo a ellos pueden imputárseles actitudes violentas (Dorantes, 2006: 189).

Por primera vez la movilización estudiantil no contaba con apoyo unánime en las filas de la izquierda política. Y por primera vez, los estudiantes no congregaron recuerdos sólo positivos de los estudiantes de 1968.

LA MOVILIZACIÓN EN CONTRA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN: #YOSOY132, 2012

En 2012, en medio de las elecciones presidenciales, surgió el movimiento estudiantil #Yosoy132 que, en términos generales, exigía “una democracia auténtica” y una democratización de los medios de comunicación. La movilización se originó a raíz de la comparecencia de Enrique Peña Nieto, entonces candidato presidencial por el PRI, a la Universidad Iberoamericana, en donde fue cuestionado por los estudiantes, que le decían “asesino”, “ladrón” y “Atenco no se olvida”. Tal y como hiciera Díaz Ordaz respecto al movimiento del 68, Peña Nieto aseguró ser responsable por las acciones represivas en Atenco: “Tomé la decisión de emplear el uso de la fuerza pública para restablecer el orden y la paz [...] fue una acción determinada personalmente, que asumo personalmente, para restablecer el orden y la paz, en el legítimo derecho que tiene el estado mexicano, de hacer uso de la fuerza pública” (*La Jornada*, 22 de mayo de 2012).¹⁵

¹⁵ En 2001, Vicente Fox determinó que se construiría un nuevo aeropuerto en terrenos agrícolas cercanos a Texcoco. Pronto se organizó el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra para evitar que ello ocurriera. En 2002, la presidencia de la República anunció la cancelación del proyecto. No obstante, el Frente continuó funcionando como frente de oposición al gobierno. En 2006, se conoció un episodio en la población de San Salvador Atenco, que tenía como origen el retiro de algunos vendedores ambulantes de flores.

La reacción de los estudiantes fue tan fuerte, que el candidato presidencial debió abandonar la Ibero rodeado por efectivos de seguridad. En una época mediática, el evento fue grabado por algunos estudiantes y publicado en redes sociales. Sin embargo, la cobertura que del hecho hicieron diversos medios de comunicación indignó aún más a los estudiantes, quienes fueron calificados de “violentos”, “acarreados”. Lo más grave fue que se dijo que los jóvenes en realidad no eran estudiantes de la Ibero.¹⁶ Ante las acusaciones, 131 jóvenes publicaron un video en redes sociales donde mostraban las credenciales que los acreditaban como estudiantes de la Universidad Iberoamericana, y señalaban: “estimados Joaquín Coldwell, Arturo Escobar, Emilio Gamboa, así como medios de comunicación de dudosa neutralidad, usamos nuestro derecho de réplica para desmentirlos. Somos estudiantes de la Ibero, no acarreados, no porros, y nadie nos entrenó para nada” (*La Jornada*, 15 de mayo de 2012).

“A raíz del vídeo la frase ‘131 Alumnos de la Ibero’ se convirtió la tarde de ese lunes en el tema más comentado (*trending topic*) en México y en el mundo en la red social Twitter. Posteriormente surge la etiqueta (*hashtag*) #Yosoy132 que expresa la solidaridad con los 131 protagonistas del vídeo y da nombre al movimiento” (Candón Mena, 2013). Muy pronto se crearon las webs www.yosoy132.mx y www.yosoy132media.org, así como diversos grupos en Facebook. Para el 18 de mayo, los estudiantes convocaron a una marcha contra el sesgo informativo y por “la democratización de los medios de comunicación” (*La Jornada*, 19 de mayo de 2012). La marcha citada al día siguiente tuvo una convocatoria aún más amplia: según algunas fuentes se congregaron 46 mil personas (*La Jornada*, 20 de mayo de 2012).

La población, apoyada por el Frente, reaccionó al desalojo. Durante 4 días los enfrentamientos entre la Policía Federal Preventiva, la Agencia de Seguridad Estatal del Estado de México, la policía municipal, habitantes del pueblo, militantes del Frente y adherentes de la “Otra campaña” del EZLN, se incrementaron. El resultado fue la detención de más de 200 personas, cerca de 150 detenciones arbitrarias, vejaciones sexuales a casi 30 mujeres y dos muertos. Más de 10 personas llegaron a la cárcel. En 2010, la Suprema Corte de Justicia dictaminó que debían ser liberados.

¹⁶ Un vídeo mostraba imágenes de la protesta con la voz de Arturo Escobar, del Partido Verde, señalando: “Hay un grupo de no quiero decir jóvenes, ya estaban mayorcitos, calculo de 30 a 35 años para arriba, incitando. No pasaban de 20 personas. La información que se nos da al final es que grupos cercanos a Andrés Manuel López Obrador estuvieron promoviendo y organizando este tipo de actos” (Candón Mena, 2013).

Nuevas marchas sucedieron en los días siguientes. Relevantes para las memorias del 68 fueron dos. La primera el 10 de junio, que se cruzó con la conmemoración por los 41 años del 10 de junio de 1971, en la cual se congregaron unos 100 mil asistentes en contra de Enrique Peña Nieto y Televisa (*La Jornada*, 11 de junio de 2012). El 1 de julio, día de las elecciones presidenciales, los estudiantes realizaron una nueva marcha: bajo la consigna “en vela por la democracia”, miles de ciudadanos se movilizaron en silencio, iluminados por velas y antorchas, desde la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco para, pasando por Televisa Chapultepec, llegar hasta el Zócalo. Recuperando el recorrido de la marcha del 2 de octubre, los estudiantes se hacían eco de la memoria del 68 y de la exigencia de democracia en los medios: “prensa vendida, cuéntanos bien”. Si bien hubo movilizaciones posteriores a la elección presidencial, el auge del movimiento fue entre mayo y junio de 2012 (Candón Mena, 2013).

El movimiento #Yosoy132 ha sido estudiado en tanto nuevas formas de acción colectiva debido al uso de las Tecnologías de la información y la comunicación (TIC) (Rovira Sancho, 2014), en tanto conflicto generacional y mediático por su impulso a la democratización de los medios a partir de las TIC (Candón Mena, 2013), en tanto sistema de protesta (Estrada Saavedra, 2014) y desde la perspectiva de la influencia que una situación performativa puede alcanzar en una escala social más amplia (Arteaga Botello, Arzuaga Magnoni, 2014).

Para lo que aquí nos importa, el #Yosoy132 generó una línea genealógica entre los jóvenes ante las elecciones presidenciales de 2012 y el movimiento estudiantil de 1968. Así, en el Manifiesto (1), se muestra una continuidad en las luchas estudiantiles, desde 1971 hasta 2012 pasando por el propio movimiento #Yosoy132: “[...] Nos unimos a la voz de las manifestaciones estudiantiles y juveniles que han sido reprimidas” (Yosoy132, “Manifiesto #YoSoy132”, 29 de mayo de 2012). A continuación, se escuchaba la canción “Que vivan los estudiantes” de Mercedes Sosa, mostrando imágenes de movimientos estudiantiles de 1968, de los años 1970-1980 y de #Yosoy132. Unos días después, en el Segundo Manifiesto, el hilo histórico con el 68 se hacía ver más claramente:

El movimiento #Yosoy132 es prueba de que existe una conciencia histórica colectiva. Expresa la acumulación de los acontecimientos que nunca debieron haber sido tolerados. *Somos hijos de las matanzas y represiones estudiantiles*, de la guerra sucia, de la rampante impunidad, de las crisis económicas, de la dominación ideológica y material de una forma de

pensar y una forma de vivir, de la violencia sin sentido, de un campo abandonado y las condiciones de trabajo indignas, de la profunda corrupción. Somos hijos de un nuevo México que grita “ya basta, nunca más”. [...] Por una democracia auténtica (Yosoy132, “Segundo manifiesto #YoSoy132”, 11 de junio de 2012; cursivas mías).

En el video se veía a distintos estudiantes que iban expresando el Segundo Manifiesto, y sobre ellos palabras escritas, entre las que se leían: “2 de octubre 1968, 10 de junio 1971, Guerra sucia, 1994 el error de diciembre, Atenco, Ciudad Juárez, PRI 70 años en el poder”.

En las elecciones presidenciales del 1 de julio, bajo múltiples denuncias de fraude, ganó Enrique Peña Nieto del PRI. El 1 de diciembre de 2012, al asumir la presidencia de la República, Peña Nieto no pudo desligarse del consenso que rodea al 68 como lucha por la democracia. Si bien no mencionó la violenta represión gubernamental en contra de los estudiantes, tampoco pudo hacerse eco de una conjura que desde hace años no parece convencer a nadie. Su primer mensaje a la Nación sería revelador del lugar otorgado al 68 en términos históricos:

En el transcurso de estos años, el país ha mantenido el orden político interno. Los mexicanos hemos logrado, sin caudillismos y sin dictaduras, el propósito inicial de nuestra Revolución. La democracia plena llevó su tiempo. Pero hoy, la democracia ha logrado consolidarse y ser parte de nuestra cultura.

Millones de mexicanos, desde 1910, de todas las filiaciones, libraron una gran batalla cívica por la democracia en el Siglo XX. Pero fue a partir del movimiento estudiantil del 68 y de las sucesivas reformas políticas, que se aceleró nuestra democracia.

A partir de entonces, generaciones de mujeres y hombres, pensadores, políticos, activistas y ciudadanos, trabajaron para hacerla realidad y, finalmente, la conquistaron. Ese México democrático es el México de nuestros días (Peña Nieto, 2012).

Por primera vez un presidente priísta reconocía el valor del movimiento estudiantil en la larga lucha por la democracia en el país. Sin embargo, no hacía ninguna mención sobre la represión estatal, guardando así un pacto de silencio con su partido político. Así, encontraba en el 68 uno de los aceleradores decisivos de “nuestra democracia”, aunque dejó sin aclarar el vínculo entre uno y otro (Peña Nieto, 2012).

Durante su gobierno, la violencia desatada desde 2006 como consecuencia de la “Guerra contra el Narco” iniciada por Felipe Calderón, se recrudeció. Menos de dos años después del inicio de su mandato se cono-

cería uno de los acontecimientos más emblemáticos del periodo y uno de los cuales seguramente marcarán su memoria en lo sucesivo: Ayotzinapa.

LA INDIGNACIÓN ANTE LA VIOLENCIA: AYOTZINAPA

El 26 de septiembre de 2014 varias decenas de estudiantes de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos” secuestraron unos camiones para ir a la Ciudad de México a la conmemoración por el 2 de octubre de 1968. De forma habitual a lo que habían hecho en otros años, los jóvenes retuvieron autobuses locales y “botearon” en los alrededores con el fin de financiar los gastos de su viaje. Durante la noche, los autobuses fueron interceptados por grupos armados que abrieron fuego contra los estudiantes, así como contra otros vehículos cercanos. Al observar que un compañero había muerto, que había varios heridos y un número indefinido de secuestrados, los normalistas convocaron a una rueda de prensa, frente al Palacio de Justicia del estado, para reportar la agresión de quienes identificaban como policías municipales. Al término de estos eventos, a media noche, los jóvenes volvieron a vivir un nuevo ataque que acabó con la vida de otros dos compañeros.

Hasta el día de hoy no es posible saber qué ocurrió, pero lo cierto es que 43 jóvenes desaparecieron y aún no se sabe dónde están, 3 más fueron asesinados y 2 quedaron gravemente heridos (Aguayo, 2015).¹⁷ Así, desde 2014 cuando en México se dice *Ayotzinapa*, se hace referencia a la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre de 2014 en Iguala, Guerrero, pues los heridos, muertos y desaparecidos pertenecen a la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos”, localizada en la población de Ayotzinapa.

La trágica desaparición de los 43 normalistas muy pronto sirvió de momento detonador de la memoria del 68. El 27 de septiembre, diversos periódicos describían la desaparición de los normalistas con gran desconocimiento de los hechos suscitados. A pesar de ello, desde los primeros días se señalaba la intención de los normalistas de asistir a la conmemoración del 2 de octubre en la Ciudad de México. El vínculo con el 68 estaba en marcha.

Conforme avanzaban las investigaciones, la acusación a los policías municipales se hacía evidente, así como su colaboración con grupos criminales y las sospechas sobre la participación del presidente municipal.

¹⁷ Sobre Ayotzinapa se han escrito ya varios libros, la mayoría de los cuales son periodísticos. Ver Paula Mónaco Felipe (2015), Sergio Aguayo (2015), Carlos Martín Beristain (2017).

Sobre todo a través de las declaraciones de los familiares y compañeros de los normalistas desaparecidos, el 1 de octubre empezaron a surgir las notas que vinculaban la violencia e impunidad gubernamentales entre el 68 y Ayotzinapa.¹⁸

El 2 de octubre, lo ocurrido el 26 de septiembre de 2014 fue fundiéndose con el 2 de octubre de 1968. En la Cámara de Diputados y la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, miembros del PRD, el PT, Nueva Alianza y Movimiento Ciudadano recordaron el 68 a través de los hechos actuales. Fernando Balauzarán Méndez (PRD) señalaba:

Acostumbramos hablar del Movimiento del 68, el 2 de octubre, que es la fecha lúgubre, la fecha de la vergüenza, la fecha en que en lugar de haber escuchado a los estudiantes y encontrado una salida, el de dar diálogo público, que era lo que estaban solicitando, se optó por la represión absurda, por el autoritarismo y por la masacre. Porque Tlatelolco fue una masacre.

Y qué bueno que ahora el 2 de octubre se reconoce por parte del Estado mexicano como un día de luto nacional que hoy está en todas las plazas del país la bandera a media asta.

Pero el 68 también es actual, es muy actual el 68 y la participación de los jóvenes. [...]

Pero están también los jóvenes de Guerrero. La verdad es que es inadmisibles, atroz la represión que hubo contra los jóvenes normalistas. Y es atroz e impensable que en el México de este siglo haya más de cuatro decenas de estudiantes normalistas desaparecidos. Esos normalistas tienen que aparecer y tienen que aparecer vivos; vivos se los llevaron, vivos los queremos a los compañeros normalistas y nosotros vamos a poner nuestros principios por delante y nuestra tradición y nuestra historia. Por supuesto que vamos a exigir justicia y no vamos a proteger a nadie que haya tenido que ver con esos eventos tan deleznable como los que se dieron allá (*Diario de los Debates*, 2 de octubre de 2012).

Por su parte, Ricardo Mejía Berdeja (Movimiento Ciudadano) también ligaba el 2 de octubre con Ayotzinapa:

Precisamente en pleno 2 de octubre, 46 años después de la masacre de estudiantes, estos jóvenes de Guerrero, hijos de gente pobre, humilde,

¹⁸ De hecho, los normalistas han delineado un eje histórico represivo que comienza en 1941, cuando el gobierno de Manuel Ávila Camacho acusó a los normalistas de haber agraviado la bandera nacional, apresando a varios estudiantes por sedición y asociación delictuosa, pasa por 1968 y llega a 2014 con la desaparición de los 43 estudiantes (www.publimetro.com.mx, 29 de noviembre de 2014).

que llega a la Escuela Normal Rural de Ayotzinapa tratando de mejorar su entorno, donde además las escuelas normales en el país sufren una investida, estos jóvenes le están pidiendo a la Cámara de Diputados que se cree un grupo de trabajo plural de diputados y diputadas con el objetivo de que contribuyan a investigar las desapariciones de 43 compañeros y se finque responsabilidad a los actores materiales e intelectuales de la ejecución de tres compañeros de ellos (*Diario de los Debates*, 2 de octubre de 2012).

El 26 de septiembre de 2014 convocó la *memoria de denuncia* asociada al 2 de octubre: una memoria que imputa al gobierno por la violencia de Estado cometida contra estudiantes y sociedad civil. Una violencia que, pensaban muchos actores políticos y sociales, era la misma de 1968. Lo conocido hasta ese momento hacía suponer que efectivamente se trataba de violencia de Estado, dado que los responsables eran policías municipales.

Los vínculos entre el 2 de octubre y el 26 de septiembre continuarían por otros medios. Romeo Cartagena, miembro del Comité 68, señaló: “Hay una demanda central que es en contra de todas las reformas y de toda la imposición que nos están haciendo porque no hay ningún tipo de diálogo y el diálogo sigue siendo como en el 68, con la bayoneta y con las armas, haciendo un uso excesivo de la violencia” (<http://www.mvsnoticias.com>, 2 de octubre de 2014). Para Elena Poniatowska, si bien no existía similitud entre el clima de 2014 y el de 1968, sí creía que los estudiantes eran los mismos “son los mismos muchachos generosos y dispuestos a dar su vida porque no se han enriquecido, ni se han aburguesado y tienen cosas que defender” (<http://www.mvsnoticias.com>, 2 de octubre de 2014). Sin embargo, con el pasar de las semanas la escritora se convirtió en una figura destacada al manifestar su apoyo a los familiares de los normalistas desaparecidos en eventos públicos y medios de comunicación, en los que recalca la impunidad en las violaciones gubernamentales de los derechos humanos en los acontecimientos de 1968 y de 2014: “Lo que ha sucedido en mi país además de una tragedia es un retroceso espantoso [...]. Después de la matanza de Tlatelolco, estaba persuadida de que no habría otra masacre, pero claro que en mi país es muy fácil, porque la muerte siempre anda muy cerca por la cantidad de armas y por una cierta filosofía de la vida, por una cercanía con la muerte” (<http://www.dw.com>, 16 de noviembre de 2014).

La marcha del 2 de octubre de 2014 en la Ciudad de México fue encabezada por el Comité 68 y un grupo Yaqui de Sonora. Sin embargo,

predominaron las consignas por la aparición de los 43 normalistas. En otros estados del país se observaría la misma demanda por los desaparecidos de Ayotzinapa como eje de la protesta.

En los últimos meses de 2014, los sucesos de 1968 se fueron inscribiendo en una línea histórica que, junto a una serie de casos nacionales de violencia de Estado, culminaría en Ayotzinapa. Desde esa óptica, el PRI, con Peña Nieto a la cabeza, sería el culpable de mucha de la violencia estatal cometida en las últimas décadas. Con ello en mente, el 68 fue tomado como el inicio de la lucha por los derechos humanos.

Bajo la exigencia de la aparición de los 43 de Ayotzinapa, en los siguientes meses se llevaron a cabo varias marchas en la Ciudad de México y en algunos estados del país. El malestar que generó la agresión en contra de los normalistas conllevó una movilización ciudadana muy grande, que llegó a marchas que alcanzaron las 50 mil personas (*El Universal*, 22 de octubre de 2012). Pero la inconformidad no fue únicamente nacional: en muchos otros países de América y Europa hubo movilizaciones y protestas enfrente de las embajadas mexicanas. Una de las primeras manifestaciones se dio en Montevideo, Uruguay, donde se recordó la “actitud solidaria” de México en los años 1960-1970, cuando dio refugio a miles de latinoamericanos perseguidos por las dictaduras cívico-militares: “El México luminoso no está derrotado; vive en las multitudinarias manifestaciones, en miles de protestas, marchas y en la solidaridad” (*La Jornada*, 18 de noviembre de 2014).

Vale subrayar que, a diferencia de los casos analizados anteriormente, Ayotzinapa no fue una movilización exclusivamente estudiantil, sino que congregó a diversos sectores de la sociedad. Sin embargo, el estudiantado (y quizá la juventud en general) fue el sector más afectado y con mayor presencia en las protestas. Y es que “no importaba si asistías a la universidad pública o privada, ante la desaparición de los 43 normalistas regresó en los estudiantes el miedo de ser criminalizado, un escalofrío y hueco en el estómago, un vacío sin justicia” (Huerta, 2015: 31). En el mismo sentido, una alumna de doctorado recuerda: “pensábamos que el rostro arrancado al normalista Julio César Mondragón era una muestra de la violencia y brutalidad humana y, al mismo tiempo, lo sentíamos como un mensaje para todos los estudiantes que hemos hecho actividades como la que realizaba Julio César y sus compañeros” (Reyes, 2015: 34).

En enero de 2015, el titular de la Procuraduría General de la República, Jesús Murillo Karam, señaló que tras una extensa investigación, se

había llegado a la conclusión de que los 43 jóvenes habían sido privados de su libertad, asesinados, calcinados en un basurero de Cocula y tirados en el río San Juan. Murillo Karam afirmaba que se había llegado así a la “verdad histórica”: el cártel *Guerreros Unidos* habría sido responsable, al confundir a los jóvenes con una banda rival; además, no había pruebas de la participación del Ejército. El procurador afirmaba que con ello podía darse por cerrado el caso, y enjuiciar a los responsables (*La Jornada*, 28 de enero de 2015). Amplios sectores de la sociedad no creyeron en la versión del gobierno.

Paralelamente, los familiares de las víctimas habían solicitado al Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) que fungieran en calidad de peritos externos. El 9 de febrero de 2016, el EAAF concluía que desde el punto de vista de la evidencia física recolectada y analizada proveniente del basurero de Cocula no era posible que los presuntos perpetradores hubiesen incinerado en ese lugar a los 43 estudiantes. El peritaje concluía que la noche de la desaparición no hubo un fuego de la magnitud y duración requerida para reducir a cenizas a los estudiantes. Miguel Nieva, uno de los miembros del EAAF subrayaba: “No hay evidencia alguna que demuestre que la noche esa se hayan quemado 43 personas en el basurero de Cocula” (*The New York Times*, 9 de febrero de 2016).

El 18 de noviembre de 2014, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), los representantes de las víctimas de Ayotzinapa y el gobierno mexicano acordaron crear el Grupo Interdisciplinario de Expertas y Expertos Independientes (GIEI) con el fin de proporcionar asistencia técnica para la búsqueda de los 43 desaparecidos de la Normal, así como investigar a fin de sancionar a los responsables y otorgar asistencia a los familiares de los desaparecidos. Se trataba de un comité de juristas y médicos de distintas nacionalidades, que comenzó a trabajar en enero de 2015. El 6 de septiembre de ese año, el GIEI presentó los resultados de sus investigaciones, descartando la hipótesis gubernamental sobre la incineración de los jóvenes, proponiendo nuevas líneas de investigación y expresando recomendaciones sobre los derechos humanos en México. Aunque el mandato del GIEI fue renovado por seis meses, los miembros del comité señalaron las dificultades a las que se enfrentaban por parte del gobierno para continuar las investigaciones. El trabajo del GIEI fue un gran avance en el conocimiento sobre lo ocurrido en Iguala entre la noche del 26 y la madrugada del 27 de septiembre de 2014, pero no ha sido suficiente para saber qué sucedió con los 43 desaparecidos.

Para la conmemoración del primer aniversario, la asociación de las memorias del 68 y el 2014 se acrecentaba a través de dos marchas de aniversario dentro de la llamada “Jornada de Tlatelolco a Ayotzinapa” (*La Jornada*, 30 de septiembre de 2015). Si bien ambas tuvieron distintos objetivos y consignas, compartieron la demanda en contra de la “criminalidad” del gobierno mexicano y la exigencia de juicio a los responsables de los “actos sangrientos”. De esa forma, ambos acontecimientos fueron presentados como parte de un mismo proceso histórico, que representaban dos polos de una crisis política. La importancia de la jornada puede ser observada en la realización de marchas en muchas de las plazas cívicas de Oaxaca, Coahuila, Guerrero, Chiapas, Chihuahua, Michoacán, Sinaloa, Nayarit, Morelos y Quintana Roo (*El Universal*, 2 de octubre de 2015; *La Jornada*, 3 de octubre de 2015; *El Universal*, 3 de octubre de 2015).

A lo largo del segundo año del movimiento por los 43 normalistas de Ayotzinapa, algunas columnas periodísticas hablaron de los ataques a los normalistas de 2014 como parte de una serie de “agresiones políticas” del gobierno hacia las normales de todo el país, con la intención de desaparecerlas, o al menos de reducir la actividad política que en ellas se desarrollaba; esta violencia habría comenzado inmediatamente después del 68, y habría implicado el cierre de un gran número de Escuelas Normales cerradas en los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez (*Excélsior*, 17 de enero de 2016; *El Financiero*, 12 de abril de 2016).

La movilización por Ayotzinapa creció en los siguientes meses: las protestas se intensificaron y tuvieron una mayor presencia en los medios de comunicación. Una de las razones de este hecho fue que las investigaciones no avanzaban. De esa forma, la segunda jornada “de Tlatelolco a Ayotzinapa”, realizada en 2016, convocó una importante cantidad de personas el 26 de septiembre y el 2 de octubre. Según los datos mencionados por diferentes instancias gubernamentales, en la marcha del 26 de septiembre llegaron 10 mil manifestantes al Zócalo capitalino, mientras en la conmemoración del 2 de octubre arribaron aproximadamente 8 mil (*El Universal*, 3 de octubre de 2016).

La manifestación del 2 de octubre de 2016 mostró cambios respecto a la realizada un año antes. Si bien el Comité 68 compartió el liderazgo de la marcha con representantes del movimiento por Ayotzinapa, no se centró en los sucesos de Guerrero de 2014, pues consideraba que la violencia estatal era más amplia y debían incluirse otros casos ocurridos en las últimas décadas en la historia nacional (*La Jornada*, 3 de octubre de 2016).

Las comparaciones entre Tlatelolco y Ayotzinapa han estado presentes en otros ámbitos, además del espacio público protagonizado por los medios masivos de comunicación. Un ejemplo lo encontramos en la exposición “Lecciones del 68”, presentada en el Museo Memoria y Tolerancia, entre el 26 de septiembre y el 20 de diciembre de 2015.¹⁹ La muestra basaba su contenido en la conformación del movimiento estudiantil de 1968 y terminaba con los acontecimientos del 26 de septiembre de 2014. Su museografía constaba principalmente de objetos e instalaciones artísticas, espacios intervenidos, así como un *mapping* sobre una maqueta que representaba la plaza de las Tres Culturas la tarde del 2 de octubre de 1968. También fueron parte de la exhibición algunos objetos originales como un mimeógrafo, recortes de periódico, carteles y fotos. La última sala estaba dedicada a los 43 estudiantes de la Normal Rural de Ayotzinapa, y constaba de una instalación artística que hacía referencia a un “memorial”. La capacitación y el recorrido de la museografía fue realizada por Sergio Aguayo, quien también fungió como curador de la exposición. Tanto en la exposición como en la capacitación para los guías, se tomó de referencia el libro *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado* de Aguayo, ya que las salas hacían referencia a ciertos capítulos de la obra del historiador. Como prólogo a la muestra, Aguayo mencionaba:

Lancemos una mirada fresca al Movimiento cívico-juvenil de 1968. Ya verán como entenderán mejor Ayotzinapa y nuestra realidad.

[...] México ha cambiado desde el 68. Tenemos más libertades, pero estamos insatisfechos porque, con la llegada de una democracia incipiente, se abrieron espacios al crimen organizado que impone su ley en amplias regiones del país, fusionándose para ello, con gobiernos locales. Esta nueva realidad provoca la tragedia de Ayotzinapa del 26 de septiembre de 2014. La violencia estatal no ha desaparecido, se ha reconfigurado. Entender al 68 con información poco conocida lleva a una tesis indispensable: el futuro de México está determinado por las tensiones y el choque entre las culturas de la violencia y la paz. Esta exposición es una reivindicación de los métodos pacíficos (Sergio Aguayo, “Exposición Museo Memoria y Tolerancia”).

Por su parte, el historiador Alberto del Castillo Troncoso destacaba una pieza del fotógrafo Marcelo Brodsky que, en el marco de la exposición,

¹⁹ En marzo de 2018 aún podía consultarse la página web de la muestra, en <http://www.myt.org.mx/lecciones-del-68.html>.

había recuperado una fotografía de Rodrigo Moya del 68 para intervenirla con notas sobre Ayotzinapa:

Una de las formas más eficientes de leer museográficamente a los hechos del 68 y su vinculación simbólica con nuevos hechos violentos corre a cargo del fotógrafo Marcelo Brodsky, quien ha intervenido una de las fotografías más reconocidas de Rodrigo Moya en torno a la manifestación estudiantil del 1 de agosto de 1968, y lo ha relacionado con los hechos de Ayotzinapa, en septiembre de 2014, bajo el común denominador de la participación del Estado en estos crímenes de lesa humanidad.

Para el fotógrafo argentino existe una continuidad entre las reivindicaciones de la revuelta del 68, que argumentaba la necesidad de un Estado de derecho y las demandas civiles de protesta a nivel internacional por los crímenes de Ayotzinapa (Alberto del Castillo Troncoso, “Exposición Museo Memoria y Tolerancia”).

En septiembre de 2015 aparecieron varias notas en medios escritos criticando la obra de Aguayo, tanto el libro como la exposición en el Museo Memoria y Tolerancia, por comparar dos acontecimientos diferentes, al igual que por crear mitos sobre el caso de los normalistas desaparecidos. Luis González de Alba cuestionaba al historiador por sugerir que se trata de dos acontecimientos de una misma historia: “En Tlatelolco hubo un cerco del Ejército y grupos de militares que, en ropa civil, recibieron a los soldados a balazos, provocando que respondieran el fuego: fotos, filmaciones, testigos, declaraciones ante MP”, mientras en Ayotzinapa “no hay dato alguno de participación del Ejército ni de la Policía Federal”. Si bien más adelante se ajustaría la hipótesis de la presencia del Ejército, González de Alba ponía el dedo en la llaga sobre el tipo de violencia que implicaban Tlatelolco y Ayotzinapa.

Para muchos analistas políticos, intelectuales y actores políticos, la violencia ocurrida en 2014 puede ser comparada con la de 1968: “fue el Estado” es la consigna. ¿Desde la historia podemos pensar que se trata de acontecimientos similares? La respuesta aún está pendiente, pues queda por hacer una historia de la violencia en México, que estudie desde finales de los años 1950 y hasta el día de hoy.²⁰

A más de tres años de distancia, distintas versiones sobre lo ocurrido se habían conocido ya. En la primera manifestación conmemorativa por los “43”, el movimiento ciudadano había logrado que el presidente Enrique

²⁰ Sobre lo que ha implicado Ayotzinapa en esta historia de la violencia en México, ver Nora Rabotnikof (2015) y Adrián Velázquez (2015).

Peña Nieto diera marcha atrás en la cristalización de la verdad sobre la noche del 26 de septiembre: la PGR subió en octubre de 2015 el expediente de Ayotzinapa y el GIEI obtuvo la anuencia para continuar investigando seis meses más (*La Jornada*, 27 de septiembre de 2015).

Sería difícil decir que el caso está aclarado, que se conoce la “verdad histórica” de lo ocurrido y que se ha realizado justicia. Pero al historizar la búsqueda de la verdad y la justicia por el 2 de octubre de 1968, es inevitable observar que la diferencia es grande. Durante al menos una década, la versión pública conocida por los mexicanos sobre Tlatelolco seguía apuntando a una *conjura* proveniente de algunos estudiantes que habían disparado en contra del Ejército y sus propios compañeros con el fin de... bueno, sus objetivos siguen sin quedar claros. En esta versión, el Ejército simplemente se había defendido. Para llegar a conocer una versión más cercana a la “verdad histórica” (que no está claro que ya se haya alcanzado o que se llegue a alcanzar alguna vez) habrían de pasar muchos lustros: sólo a través del esfuerzo de muchos ex estudiantes, intelectuales, periodistas e historiadores se ha ido consiguiendo tener una idea más o menos certera de aquello que se vivió y ocurrió el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco: que no fueron estudiantes armados quienes comenzaron la balacera, sino miembros del Estado Mayor Presidencial apostados en las azoteas del Edificio Chihuahua, la Iglesia de Santiago Tlatelolco e incluso el edificio que en ese momento pertenecía a la Secretaría de Relaciones Exteriores (Scherer, Monsiváis, 1999; Mendoza, 2002; Montemayor, 2000; Aguayo, 1998).

Queda mucho por saber sobre lo que ocurrió el 26 de septiembre de 2014 en Iguala. Todo parece indicar que si bien hubo participación de miembros del Estado (policías municipales, Ejército), no se trata de un acto de violencia de Estado (Beristain, 2017). Hay negligencia por parte del gobierno, hay participación estatal, pero no hace parte de lo que se ha dado en llamar “Terrorismo de Estado”. Ayotzinapa más bien da cuenta de la podredumbre y la criminalización del Estado, de la participación de bandas de delincuentes insertadas en el Estado. Sin embargo, no se trata del mismo tipo de represión política que se ejerció en 1968 y después: no es parte de una política de contención de la oposición política. Tres motivos hacen de esta desaparición una forma de represión diferente a las de los años 1970-1980. En primer lugar, que no se trata de una política de Estado decidida desde el Poder Ejecutivo. En segundo término, que aunque haya habido participación estatal a través de policías y militares, éstos no lo

hicieron en tanto agentes del Estado sino en tanto delincuentes. En tercer lugar, el motivo de su desaparición no es político. Desafortunadamente, las investigaciones parecen dar cuenta de que los normalistas estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

UN PASADO QUE NO PASA: A MANERA DE CIERRE

La evocación del pasado es un ejercicio que se realiza desde el presente. Y son precisamente los intereses, necesidades y temores de ese presente los que en gran medida dotan de sentidos y significados a lo recordado. Sin duda, las conmemoraciones son momentos privilegiados en los que se activa la memoria. Pero también existen ciertas coyunturas que suscitan y avivan determinadas imágenes del pasado. Las movilizaciones juveniles conocidas en la Ciudad de México en 1986-87, 1999-2000, 2012 y 2014 han funcionado como momentos detonantes de la memoria del movimiento estudiantil de 1968. Lo mismo puede observarse con otros acontecimientos históricos, como el terremoto del 19 de septiembre de 1985 en la Ciudad de México y las elecciones presidenciales de 1988, por citar algunos (Allier Montaño, 2015).

Pero las evocaciones de las cuatro movilizaciones juveniles revisadas en este trabajo, incluidas el #Yosoy132 y Ayotzinapa, últimas movilizaciones estudiantiles conocidas en el país hasta 2018, nos muestran aspectos importantes respecto a los recuerdos que existen en el espacio público sobre los estudiantes de los años 1960. 1968 es *la memoria* de la lucha estudiantil en México. Ante cada nueva movilización estudiantil que ha habido en el país desde 1968, el movimiento de los años 1960 es recuperado como origen, modelo y guía que explica la nueva movilización, que le da sentido y, sobre todo, le da horizonte histórico. No que se trate de experiencias similares o incluso comparables, pero sí que en todo caso están unidas en las memorias de los nuevos jóvenes protagonistas de movilizaciones políticas: para una buena parte de la opinión pública, el 68 explica y mide las nuevas movilizaciones.

Otras investigaciones han mostrado que lo mismo ocurre en otros países donde el movimiento estudiantil de 1968 fue importante y donde se han conformado memorias fuertes (positivas o negativas) del 68, como Francia (Artières, Zancarini-Fournel, 2008) y Brasil (Langland, 2013).

Recordado por la represión o por la no obtención de diálogo público, el 68 mexicano se ha conformado como el modelo de lectura de los movimientos estudiantiles durante las últimas tres décadas. ¿Seguirá ocurriendo eso durante mucho tiempo? Habrá que ver de cerca qué ocurre con los próximos movimientos estudiantiles en México. Porque lo que es seguro es que habrá nuevas movilizaciones juveniles.

BIBLIOGRAFÍA

Hemerografía (varias fechas)

The New York Times

La Jornada

El Universal

Excélsior

El Financiero

Semanario Proceso

Diario de los debates, Cámara de Diputados.

Documentos

CONSEJO GENERAL DE HUELGA (1999); “2do Manifiesto a la Nación”, [en línea] 20 de abril 1999. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20010709152648/http://mx.geocities.com/unam_cgh/manifiesto2.html> [Consulta: marzo de 2018].

PEÑA NIETO, ENRIQUE (2012); “Mensaje de Toma de Posesión” [en línea], 1 de diciembre de 2012. Disponible en: Formato rtf. También disponible en formato HTML en: <<http://www.excelsior.com.mx/2012/12/01/nacional/872692>> [Consulta: 12 de diciembre de 2017].

Videos

Yosoy132, “Segundo manifiesto #YoSoy132”, [en línea] 11 de junio de 2012. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=TExqtIaxnPc>> [Consulta: diciembre de 2017].

“Memorias de Tlatelolco 47 años después”, fb/ajplus espanol, [en línea] 2 de octubre de 2015. Disponible en: <<https://www.facebook.com/ajplus espanol/videos/1027872393931776/>> [Consulta: marzo 2018].

Bibliografía

- ACUÑA, A. (1987); “Cronología del Movimiento estudiantil de 1986-1987”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 49/50 (enero-junio), pp. 86-96.
- AGUAYO, S. (1998); *1968: Los archivos de la violencia*. México: Grijalbo/Reforma.
- _____, (2015); *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*. México: Textil Editores, Ediciones Proceso.
- AGUILAR CAMÍN H. Y L. MEYER (2000); *A la sombra de la Revolución mexicana*. México: Cal y Arena.
- ÁLVAREZ GARÍN, R. (1998); *La estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del Movimiento estudiantil del 68*. México: Grijalbo.
- ALLIER MONTAÑO, E. (2015); “De conjura a lucha por la democracia: una historización de las memorias políticas del 68 mexicano”, en E. Allier Montañaño y E. Crenzel (eds.), *Las luchas por la memoria en América Latina. Historia reciente y violencia*. México: Bonilla Artigas Editores, IISUNAM, pp. 185-219.
- ARTEAGA BOTELLO, N. Y J. ARZUAGA (2014); “Derivas de un performance político: emergencia y fuerza de los movimientos 131 y yosoy132”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 76, núm. 1 (enero-marzo), pp. 115-144.
- ARTIÈRES, Ph. y M. Zancarini-Fournel (2008) ; “De Mai, souviens-toi de ce qu’il te plaît : mémoire des années 68”. En P. Blanchard e I. Veyrat-Masson (coords.), *Les guerres de mémoire. La France et son histoire*. Paris: La Découverte, pp. 128-136.
- BERISTAIN, C. M. (2017); *El tiempo de Ayotzinapa*. México: Foca.
- CANDON MENA, J. (2013); “Movimientos por la democratización de la comunicación: los casos del 15-My #yosoy132”, en *Razón y Palabra*, vol. 18, núm. 83 (junio-agosto), s/p.
- CASTAÑEDA, M. (1987); *No somos minoría: la movilización estudiantil 1986-1987*. México: Extemporáneos.
- CASTILLO, A. del (2012); *La fotografía y la construcción de un imaginario. Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968*. México: Instituto Mora.
- CAZÉS, D. (1993); *Crónica 1968*. México: Plaza y Valdés.
- CHÁVEZ, C. (2004); “Estudio y análisis comparativo sobre los movimientos estudiantiles en la UNAM en 1986-1987 y 1999-2000”. Tesis de licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- DORANTES, G. (2006); *Conflicto y poder en la UNAM. La huelga de 1999*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- ESTRADA SAAVEDRA, M. (2014); “Sistema de protesta: política, medios y el #YoSoy132”, *Sociológica*, vol. 29, núm. 82 (mayo-agosto), pp. 83-123.

- FISCALÍA ESPECIAL PARA MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS DEL PASADO (2006); *Informe histórico a la sociedad mexicana 2006* [en línea]. Disponible en: Formato PDF. También disponible en formato HTML en: [http:// https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB209/informe/](http://https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB209/informe/) [Consulta: abril de 2017].
- GARCÍA MEDRANO, R. (1998); *El 2 de octubre de 1968, en sus propias palabras*. México: Rayuela Editores.
- GARRIDO, S. (2015); “Masas críticas y redes sociales: una explicación microestructural del surgimiento de cuatro movimientos estudiantiles en el UNAM (1986-2000)”, en R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, v. IV. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM, pp. 255-307.
- GÓMEZ NASHIKI, A. (2001); “El movimiento estudiantil mexicano. Crónica de las organizaciones y tendencias políticas, 1910-1971”, en D. Piñera Ramírez (coord.), *La educación superior en el proceso histórico de México*, Tomo II Siglo XIX/XX. México: UABC: ANUIES, pp. 301-323.
- GONZÁLEZ CASANOVA, P. (2000); “El conflicto de la UNAM: una historia inconclusa”, en OSAL, Año 1, núm. 1 (junio), pp. 38-41.
- GUEVARA NIEBLA, G. (1988); *La democracia en la calle: crónica del movimiento estudiantil mexicano*. México: Siglo XXI Editores.
- GUEVARA NIEBLA, G. y R. Álvarez Garín (2008); *Pensar el 68*. México: Ediciones Cal y Arena (De bolsillo).
- Haidar, J. (2006); *Debate CEU-Rectoría. Torbellino pasional de los argumentos*. México: UNAM.
- HUERTA CORONEL, J. (2015); “Del 1 al 43...Justicia”, en *Aletheia*, vol. 5, núm. 10 (abril), pp. 31-33.
- LANGLAND, V. (2013); *Speaking of Flowers. Student Movements and the Making and Remembering of 1968 in Military Brazil*. Durham and London: Duke University Press.
- LOAEZA, S. (1989); “México 1968: los orígenes de la transición”, en *Foro Internacional*, Vol. XXX, Núm. 1 (julio-septiembre), pp. 66-92.
- MARSISKE, R., (1999); “Presentación”, en R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, v. 2. México: Plaza y Valdés / Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM, pp. 11-17.
- MENESES, M. (2012); “Memorias de la huelga estudiantil en la UNAM, 1999-2000”. Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- MOISSEN, S. comp., (2014); *#juventud en las calles. 68,99, yosoy132*, (prólogo Massimo Modonesi). México: Ediciones Armas Críticas.
- MÓNACO FELIPE, P. (2015); *Ayotzinapa. Horas eternas*. México: Ediciones B.

- MONSIVÁIS, C. (1970); *Días de guardar*. México: Ediciones Era.
- , (1999); “El 68: las ceremonias del agravio y la memoria”, en J. Scherer García y C. Monsiváis, *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968*. México: Aguilar, pp. 119-264.
- , (2000) [1987]; *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Era.
- MONTEMAYOR, C. (2000); *Rehacer la historia. Análisis de los nuevos documentos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco*. México: Planeta.
- ORDORIKA, I. (2006); *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*- México: Centro de Estudios sobre la Universidad / Plaza y Valdés.
- PENSADO, J. (2015); “El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta estudiantil en México de los sesenta”, en R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, v. IV. México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM, pp. 129-187.
- PONIATOWSKA, E. (1971); *La noche de Tlatelolco*. México: Ediciones Era.
- PRONKO, M. (1999); “Procesos institucionales y estructuración del movimiento estudiantil. Universidad de Luján (1979-1990)”, en R. Marsiske (coord.), *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, v. 2. México: Plaza y Valdés / Centro de Estudios sobre la Universidad, UNAM, pp. 239-270.
- RABOTNIKOF, N. (2015); “Ayotzinapa como tema: violencia genérica, indignación, política”, en *Aletheia*, vol. 5, núm. 10 (abril), pp. 9-18.
- RAMÍREZ, R. (1969); *El movimiento estudiantil de México, julio-diciembre de 1968*. 2 volúmenes. México: Ediciones Era.
- REYES RODRÍGUEZ, N. (2015); “Ayotzinapa a seis meses, nos siguen faltando 43, ¿qué hacemos?”, en *Aletheia*, vol. 5, núm. 10 (abril), pp. 34-36.
- RODRÍGUEZ ARAUJO, O., coord., (2000); *El conflicto en la UNAM (1999-2000). Análisis y testimonios de la Consejeros Universitarios independientes*. México: El Caballito.
- RODRÍGUEZ KURI, A. (2003); “Los primeros días. Una explicación de los orígenes inmediatos del movimiento estudiantil de 1968”, en *Historia Mexicana*, Vol. 53, núm. 1 (julio-septiembre), pp. 179-228.
- ROSAS, M. (2001); *Plebeyas Batallas. La huelga en la Universidad*. México: Era.
- SCHERER, J. y C. Monsiváis; *Parte de Guerra. Tlatelolco 1968*. México: Aguilar.
- TREJO DELABRE, R. (2000); *El secuestro de la UNAM*. México: Cal y Arena.
- VÁZQUEZ MANTECÓN, Á., ed. (2007); *Memorial del 68*. México: UNAM-Gobierno del Distrito Federal-Secretaría de Cultura.
- VELÁZQUEZ, A. (2015); “Ayotzinapa en el contexto de la restauración autoritaria en México”, en *Aletheia*, vol. 5, núm. 10 (abril), pp. 19-25.

- VOLPI, J. (1998); *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. México: Era.
- ZERMEÑO, S. (1978); *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. México: Siglo XXI.